

Dos Grandes Batallas ⁽¹⁾

Por el Dr. *ALCIDES GARCIA LLUBERES*

Una Real Orden del incapaz Felipe III, seguidor ciego de la política desatentada del Duque de Lerma, mandó despoblar en 1605 los siguientes territorios de la antigua Española: Yaguana, Bayajá, Monte Cristy, Puerto Plata y San Juan de la Maguana. Esta torpe disposición del Gobierno metropolitano, lejos de producir los favorables efectos que buscaba, lo que hizo fué limpiarles el campo a los odiados contrabandistas e inmediatamente despertar en sus

(1)—UNA PETICION DE EL DIARIO AL DR. ALCIDES GARCIA

Santo Domingo, R. D.
Febrero 15, 1926.

Sr. Dr. Alcides García,

Ciudad.

Muy distinguido señor:

Dentro de pocos días —el 30 del próximo mes de Marzo— celebra Santiago uno de los hechos más gloriosos de nuestra historia. Con ese motivo, el periódico santiagués *EL DIARIO* tendrá una edición especial, y, según me ha manifestado aquella empresa, sería motivo de honor para ese viejo vocero, ostentar, en una página de preferencia, alguno de los muy interesantes artículos históricos que se deben a su envidiable pluma y a su preclara inteligencia.

Podría Ud., señor García, escribir algo sobre la historia de Santiago? Cuánto se lo agradeceríamos!

Créame de Ud. muy atto. S. S. y amigo,

Juan Ulises García B.
Redactor Corresponsal de
EL DIARIO

El Diario núm. 10.112, Santiago de los Caballeros, febrero 18 de 1926.



espíritus la ambición de nuevos y más grandes medros. Y como si se quisiera que las regiones en abandono fueran ocupadas por los filibusteros que las visitaban, la expedición del Almirante don Federico Alvarez de Toledo en 1630 fué a acosarles de sus establecimientos de la Isla de San Cristóbal y a obligarles a guarecerse y fijarse en nuestras desiertas costas. Dijéramos que la España Colonial quería suicidarse y atentaba contra los cimientos de su posesión más antigua en el Nuevo Mundo.

Desde ese momento comenzó el viacrucis de la gente del norte de nuestro país; y Santiago pasó entonces por los horribles trances de las invasiones de De L'Isle y de De Cussy. Pero más infortunada la Ribereña del Yaque que el Predicador de Judea, día de Pascua de Resurrección (2) del año 1660, "entraron en la ciudad de Santiago, al amanecer, más de cuatrocientos franceses, y los cogieron descuidados en sus casas, y mataron más de cien personas, y los robaron, y llevaron sus haciendas, y la plata de las Yglesias (3)". Castigó luego a Santiago la invasión del Conde de Cussy. "El combate de la Herradura o la Emboscada ocurrió el 6 de Julio de 1690. El 4 el ejército (de los aventureros) acampó junto al río de Amina, donde encontró toda suerte de refrigerios. Cerca de cincuenta españoles aparecieron entonces sobre las alturas; pero no permanecieron allí largo tiempo. El 5 se avanzó hasta el río Yaque o de Monte Cristo, y se acampó a legua y media de Santiago, sin encontrar a nadie, lo que hizo suponer alguna emboscada, de manera que se estuvo sobre aviso. El 6 se pasó sin oposición el río, que es muy rápido, y a media legua de la ciudad se encontró un desfiladero por donde dos hombres no pueden pasar de frente. M. de Cussy debió suponer el ataque, y darle fuerza a la vanguardia y a la retaguardia de su ejército; él no lo hizo así y esa falta pudo costarle caro. La vanguardia pasó sin encontrar a nadie; pero el centro y la retaguardia fueron atacados de improviso mientras atravesaban el difícil des-

(2)—La fecha de este día fué, según el Arzobispo Fernández Navarrete en una Relación al Rey, el 30 de Marzo: ¡data gloriosa después para nosotros!, anotarán regocijados los causafinalistas y fatalistas, en el libro de nuestras efemérides. Según otro documento de la época, la fecha del referido día fué el 28 de Marzo.

(3)—Expediente sobre la residencia de Don Juan Valboa y Magrobejo.



filadero. Se vieron atacados por gente que los dominaba de abajo a arriba y que combatían sin ser vistos: la mayoría con armas de fuego; los otros, con lanzas. Efectivamente, el desfiladero en que ellos se encontraban era una especie de cauce que los torrentes habían ahondado mucho, y cuyos bordes estaban muy bien cubiertos. El centro, en el cual se encontraba M. de Cussy, se detuvo e hizo un fuego terrible que el enemigo no pudo soportar, pues se retiró desde el principio: se le persiguió y varios se arrojaron al río para salvarse. La vanguardia, embarazada con el bagaje y en la cual se encontraba un gran número de jóvenes que no tenían armas, sufrió mucho. Dos oficiales y cuarenta hombres fueron muertos en ella. El General, informado de este desconcierto, envió a M. de Franquesnay con 150 hombres; pero aquellos contra quienes él marchó, no lo esperaron. Por otra parte, aquellos que huyeron más allá del río, al ver el movimiento de este oficial, que marchaba con una gran viveza, creyeron que ponía pies en polvorosa y que todos los franceses estaban en derrota, e inmediatamente repasaron el río a nado y entraron en la cañada; pero ellos se encontraron con M. de Cussy, quien los cargó tan vigorosamente a la cabeza de sus filibusteros que tuvieron gran número de muertos; el resto se dispersó en seguida. Entre los primeros varios estaban embriagados (sic) y se arrojaron con tanta furia contra los franceses que éstos se vieron obligados a retirarse un poco para poder tirarles. La precipitación con que los otros se pusieron en salvo los hizo abandonar sus armas y sus caballos.

“Después de esta victoria, no aparecieron más enemigos sino lejos, sobre las colinas, y se entró en la villa sin otra resistencia (4)”.

El ejército expedicionario se componía de cuatrocientos hombres de caballería, cuatrocientos cincuenta infantes y ciento cincuenta negros destinados a conducir los caballos de carga.

Después de esta última expedición sí no se hizo esperar mucho nuestro desquite. Al año siguiente destruimos en los campos de *La Limonade* todo el ejército de los contrarios: su General en Jefe, a la vez Gobernador de la colonia que fomentaban, así como la ma-

(4)---*Historie de L'Isle Espagnole ou de S. Domingue*, par le P. Pierre François Xavier de Charlevoix, ps. 216 et 218, T. II.



yor parte de los hombres importantes de la colonia, volvieron al polvo fulminados por nuestra irresistible cólera. Con la Batalla de Sabana Real tuvo fin la larga y sangrienta rivalidad habida entre un pueblo fundado por filibusteros y los colonos más ilustres del Nuevo Mundo. El provecho después de la Batalla no fué para nosotros; pero sí la honra en ella. Los latrocinios y matanzas que sufrimos durante las invasiones de De L'Isle y de De Cussy quedaron vengados en tan resonante función de armas y en la marcha subsecuente de nuestras enfurecidas tropas hasta el Guarico. Ese triunfo nos produjo muchas consecuencias beneficiosos. Todas las fuerzas del espíritu de nuestro pueblo crecieron en aquellos días: la firme disposición para el trabajo, que fundamenta la grandeza de los países, y el elevado sentimiento de la dignidad nacional, que completa esa grandeza. Hasta nuestra alma religiosa fué exaltada por tan trascendental victoria: entonces fué cuando tomó auténtico auge el culto de esa advocación de Nuestra Señora que tiene su santuario en la villa de Salvaleón de Higüey y que desde allí derrama sobre toda la República su alta gracia, y ganó otra data su fiesta (5). Pero no podemos terminar estas ligeras notas acerca de la Batalla de Sabana Real sin rendirles el tributo de nuestra evocación al heroico santiagués Antonio Miniel y a sus trescientos lanceros, realizadores de importantísima operación en la batalla. Estos, a un movimiento del sombrero de su jefe, se precipitaron en la indecisa acción: el Capitán de Milicias Miniel se descubría ante la Victoria, que cargada de palmas y coronas, incitaba a los encubiertos del pajón para que se levantaran y emprendieran la estupenda carga, al fin de la cual entrarían en el carro de los triunfadores. . .

(5)—Nos dice Fray Cipriano de Utrera, notable investigador de los asuntos de nuestra Historia, que en el archivo de la Basílica de la Primada de las Indias existe un antiguo documento, procedente del archivo de la Iglesia de Bayaguana, en que consta: que la fiesta de la Virgen de la Altagracia se celebraba antes el 15 de agosto solamente; pero que con motivo de haberse empeñado la Batalla de Sabana Real 21 de enero, los higüeyanos y seibanos que se hallaron en dicha hecatombe habían hecho el voto de celebrar todos los años en esa fecha una festividad religiosa en loor de la mencionada Virgen, ya que ellos la habían invocado en lo más crudo de la lidia y a su eficaz intervención atribuían el grande triunfo alcanzado. Que el documento refiere además cómo al lado de la imagen de la Virgen, en la Iglesia de Higüey, se encontraba el machete con que se le cortó la cabeza al Conde de Cussy. El benévolo Fray Cipriano nos autorizó a hacer uso de esta especie y nos encargó agregáramos: que todo esto se publicará con detalles en una obra que está editando intitulada *Rectificaciones y Dilucidaciones Históricas*.



* * *

La Batalla del 30 de Marzo es respecto del pueblo negro que creó la República haitiana y de la prolongada pugna de éste por absorbernos, lo que la Batalla de Sabana Real significó frente a los esfuerzos realizados por los aventureros del siglo XVII para cercenar nuestro territorio y obligarnos a aceptar ese despojo: el castigo condigno de los insolentes desafueros. Después de la primera de esas duras lecciones el adversario volvió a agredirnos; pero ya sin aquella desenfadada confianza en sí mismo que tenía a raíz de los pronunciamientos de Febrero y de Marzo de 1844, cuando al salir de sus lares dominicanos, dejaba parte de sus equipajes y decía jactanciosa y amenazadoramente: "Hasta dentro de quince días". Después de la Batalla del 30 de Marzo los hombres de Haití quedaron completamente convencidos de que el pueblo dominicano estaba animado de nuevas e invencibles energías. Lo que no nos dió en punto de heroísmo, o de aptitud para la victoria, la preferencia por esta o por aquella metrópoli colonial, ni aún el deber de la conservación individual, que nos es indiferente en las épocas de vasallaje, nos lo infundió con esplendidez el redentor anhelo trinitario de constituir en la Patria un estado soberano e independiente, esto es, libre en hecho de verdad. Sólo objetos tan altos pueden despertar en nuestras almas la resolución necesaria para cumplir el consecretario voto de alcanzar su conquista o de perecer en la demanda. Dijimos no hace mucho: Si la refriega de "La Fuente del Rodeo" fué el bautismo de sangre de la República", ésta encontró en las batallas del 19 y del 30 de Marzo el sacramento de su confirmación. Pero indiscutiblemente que la retirada de Santana a Baní le quitó al primero de esos dos grandes acontecimientos militares considerable parte de su trascendente efecto moral; de forma que la gloriosa Batalla de Santiago fué la que realmente fortaleció nuestra fe en la viabilidad de la República.

La Batalla del 30 de Marzo comenzó a las doce de ese memorable día. Dos columnas haitianas, que juntas sumaban alrededor de cuatro mil hombres, se presentaron en la Sabana de Santiago. Atacaron nuestra línea de defensa, que tenía como puntos principales los Fuertes Dios, Patria y Libertad: ¡el escudo de armas de la República representado en piedra, como para que los haitianos se con-



vencieran de la perennidad de nuestra obra a la admonitiva luz del heroísmo cibaëno! Las columnas haitianas se acercaron a la plaza: la una por el camino de Entre los Ríos y la otra por el de Navarrete. La primera empezó la batalla por el lado que le pareció más débil: por el del Fuerte Libertad. Tres cargas sucesivas dió sobre ésa el ala izquierda de nuestro ejército. En la última quiso expugnar la ciudad por entre el Fuerte Libertad y el Río Yaque. Entonces fué cuando nuestros soldados blandieron el arma blanca y rechazaron al intruso con los botes de sus lanzas y los tajos de sus machetes. El Capitán Fernando Valerio, a la cabeza de fuerzas de Sabana Iglesia, conquistó un buen gajo de laurel en este episodio de la Batalla. Marcos Trinidad y Ramón Martínez, oficiales que también montaban guardia en ese extremo del frente, salvaron los parapetos y cumplieron esforzadamente sus deberes guerreros. El Comandante de Ingenieros Aquiles Michel, Ayudante del Lugarteniente Pelletier, acudió con parte de los destacamentos del centro a ayudar a destruir aquel atrevido avance del enemigo. Y así terminó la primera fase de la Batalla.

Después de esta dura lección el contrario resolvió cambiar la dirección del ataque y fué a probar fortuna, con las dos columnas reunidas, por el ala derecha, por el norte, por el Fuerte Dios y sus defensas accesorias. Repetidas veces y con ímpetu cada vez más violento cargó el enemigo contra el nuevo y menos asequible objeto. Doce soldados enemigos fueron cazados por nuestros fusileros al pié mismo del Fuerte. La pieza de artillería más poderosa de que disponíamos fué montada en esa misma obra de fortificación y estaba servida por el inmortal artillero Capitán José María López. El enemigo, en sus últimos tentones sobre el Fuerte Dios, notó que sus filas clareaban también bajo la acción del cañoneo que le hacía el Fuerte Libertad.

Tuvo suma importancia el papel que desempeñó la artillería en tan famosa jornada. Fueron las necesidades de aquella eficaz arma las que crearon las heroínas de la Batalla. Juana Saltitopa (a) La Coronela, fascina y obliga a que la segunde a toda una cohorte de abnegadas santiaguesas. ¿A dónde se dirigen? ¿Por qué estímulo son movidas? Las trágicas samaritanas van a apagar la sed a los



monstruos de bronce que caldeados por la violenta y prolongada faena no podían ya seguir colaborando en la matanza.

Después de sus desesperados esfuerzos sobre el Fuerte Dios, el enemigo desistió de su propósito de tomar la Plaza y emprendió la retirada. Algunos de los rechazados que se hallaban entre la Ciudad y el río perecieron al vadear éste, el cual estaba bastante crecido: las aguas del Yaque, que ya habían sido metralla en las cubetas de la Saltitopa y sus satélites, seguían matando a los enemigos de la Patria. El haitiano mandó entonces un parlamentario casi a implorar que lo dejasen atravesar el Dajabón sin hostilizarlo. A pesar de la buena fe con que le ofrecimos acceder a sus deseos, el acaso no quiso que se cumpliera nuestra generosa promesa, pues ignorantes del pacto Francisco Caba y Bartolo Mejía y sus huestes serranas, vengaron entre Guayubín y Talanquera el revés que días antes había experimentado por aquellos mismos sitios Francisco Antonio Salcedo (6).

Así terminó la gloriosa Batalla del 30 de Marzo, en la que el enemigo experimentó más de mil bajas y los dominicanos no sufrimos ninguna. Disparidad de pérdidas entre ambos bandos que puede explicarse así: nosotros combatimos en la mayor parte de la lid

(6)—Transcribamos los nombres de los combatientes que se hallan en los distintos relatos que poseemos de la Batalla. General José María Imbert, Jefe Superior del Ejército dominicano; Coronel Pedro Eugenio Pelletier, Lugarteniente del General Imbert; Comandante Aquiles Michel, Ayudante del Coronel Pelletier; Caritán José María López, Jefe de la Artillería; pero quien se mantuvo durante toda la acción al lado de la pieza de a ocho del Fuerte Dios; Coronel Angel Reyes, Jefe del Batallón La Flor, constituido por la brillante juventud santiaguense; Capitán Fernando Valerio, Jefe de las fuerzas de Sabana Iglesia; Capitán Lorenzo Mieses, que servía la pieza de a cuatro del Fuerte Patria; Coronel Toribio Ramírez, jefe de la mayor parte de las fuerzas vecanas; Francisco Antonio Salcedo, jefe de las tropas de Moca, Marcos Trinidad y Ramón Martínez, que estaban también en el extremo sur del frente; Capitán José Silva, Capitán Bonilla, Dionisio Mieses, José María Gómez, Comandante Manengo Rojas, Comandante Manuel María Frómata, Dr. Bergés; los Franco Bidó, los Hungría, los Tolentino, los Rodríguez, los Daniel; los cien ulanos anónimos del Macorís, de que habla el parte oficial de la Batalla; Juana Saltitopa, y Tiñaño, músico humilde que con su bien templado parche repitió en Santiago la diana memorable que tañó en la Puerta del Conde Florentino Rojas la madrugada del 28 de Febrero de 1844; siendo talvez Tiñaño el que atrajo con sus animados redobles a los doce soldados haitianos que murieron al pie del Fuerte Dios, como llamaron y perdieron en Limbé, los tambores de la fiesta de la Finca Dufresne, al audaz y terrible Mackandal.



al amparo de tres fuertes y muchas defensas accesorias; estábamos sobre cerros y el enemigo tuvo que avanzar por el llano; el ejército haitiano carecía del tesón que lo anima cuando pelea por la libertad de su raza y la independencia de su suelo; nosotros combatíamos por conquistar estos fueros, y la nueva orientación y los viejos rencores nos daban determinación para todas las hazañas. Pero nuestra inmunidad en aquella ocasión tuvo también otra causa que no debemos mirar con desdén: "La protección manifiesta de la Divina Providencia" de que habla en el parte oficial de la batalla la respetable fe cristiana del noble General José María Imbert. Y no podía suceder de otro modo: ¡fuimos tantas veces mártires del injusto furor de los haitianos (7), que ese espléndido desquite, incruento para nosotros, constituía compensadora merced que Dios estaba obligado a concedernos!

Alcides GARCIA LLUBERES.

(7)—Poseemos copia manuscrita, hecha por don José Gabriel García, de un original que comienza así: "Primer cuaderno en que refiero la devastación de mi país (Santiago de los Caballeros, Isla de Santo Domingo) por la entrada del negro Enrique Cristóbal, con su ejército, que todo lo redujo a cenizas y fuego, segundo día de Carnestolendas, el año 1805, con degüello general de que solo escapamos prodigiosamente las cinco personas que se expresarán en esta relación, y de quienes fuí compañero.

"La he ratificado de mi puño y letra, hoy 31 de diciembre de 1850.

"Gaspar de Arredondo y Pichardo". El jurisprudente Arredondo y Pichardo trae al final de su Relación los nombres de las cinco personas que se salvaron del degüello: D. José Minuesa, que reside en Puerto Príncipe, de Cuba; D. Carlos Mejías, en Baracoa; D. Simón de Rojas, su hermano Don Carlos de Rojas y yo".

El Diario, Santiago de los Caballeros, marzo 30 de 1926.

